

la carrera y oyeran mi prevencion, de *replegarse á la Ciudadela*, á donde los conduje con no poco trabajo, siendo necesario destacar algunas partidas de caballería para hacer volver á muchos oficiales, que con mas ó menos número de soldados se marchaban por diferentes calles.

Las siete de la noche serian cuando me encontraba en las puertas de la Ciudadela, y hasta no quedar satisfecho de haber encontrado toda la fuerza de San Cosme, no me apeé del caballo, que montaba desde las cuatro de la mañana. Procuré indagar quién habia mandado tocar la retirada, que tanto desórden habia causado, y se me dijo que el general Rangel. Como desde entónces no he vuelto á ver á este general, no he podido cerciorarme mejor de este hecho, que causó por supuesto la pérdida de la citada garita, y el que quedara el paso franco al enemigo para introducirse al centro de la capital.

A las 8 de la noche presidí en la Ciudadela una junta de guerra de generales, que convoqué para oír sus opiniones y tomar con acierto un partido en tan terribles circunstancias. Asistió á esta junta el Excmo. Sr. gobernador del Estado de México, coronel de Guardia Nacional D. Francisco Modesto de Olaguibel, que á la sazón se hallaba en ella, pues en la tarde habia llegado con 200 infantes y 4 piezas ligeras de artillería con el fin de ausiliar la capital. En la junta se recapitulaban los acontecimientos del dia, y aun otros anteriores; se deploró la situacion á que nos habia reducido la desobediencia de unos, la cobardía de otros, y la inmoralidad en general de nuestro ejército, de manera, que no habia que esperar mejor conducta; tambien se hizo ver en favor de él que las continuas revueltas, nuestra desorganizacion social y el mal sistema de reemplazarlo, habian influido mucho en aquel mal, á la vez que por nuestras escaseces los soldados no eran atendidos con lo que les pertenecia como puntualmente acontecia en aquel dia, que no habian probado alimento; que en cuatro anteriores se les debian los socorros, y no se sabia si para el siguiente tendrian que comer. Se manifestó igualmente la escasez de municiones para poder sostener un dia mas el combate, las pocas fuerzas que habian quedado, y últimamente, que reducidos al solo recinto de la Ciudadela era consiguiente, que el enemigo apuraria sus proyectiles, y no seria posible permanecer en ella un par de horas: que ocurrir á los edificios de la ciudad, seria comprometerla sin esperanzas de un buen suceso, cuando el pueblo con pocas escepciones, no tomaba parte en la lucha. Estas y otras reflexiones se tuvieron presentes para resolver, como se acordó unánimemente, que á la madrugada se evacuara la Ciudadela

y edificios inmediatos; y que la artillería, municiones y tropa se situaran en la ciudad de Guadalupe Hidalgo, todo á las órdenes del general Lombardini, como se efectuó.

Los cuerpos de caballería que estaban en la capital, recibieron órden de estar tambien á la madrugada en la citada ciudad de Guadalupe Hidalgo, para incorporarse á la division de caballería que allí se hallaba con el Exmo. Sr. general Alvarez.

Reunidas todas las fuerzas en Guadalupe Hidalgo, en medio de la hambre y de la miseria mas espantosa, acordé con el Excmo. Sr. general de division D. José J. de Herrera, que nos dividieramos las atenciones; S. E., pues, marchó para Querétaro con toda la infantería y artillería, y con la caballería y 4 piezas ligeras lo hice yo para Puebla. La necesidad y el buen servicio de la nacion ecsigieron esta medida, porque ni era posible subsistir un dia mas sin comer en un lugar en que todo faltaba, ni debia perderse tiempo en salvar los restos de un ejército que aun podia prestar útiles servicios. El general Herrera fué encargado de reorganizar las fuerzas que puse á su mando con tal objeto, y yo no dudé que se verificaria con los recursos de los Estados mas ricos de la república, y me lisongeaba que entre tanto esto tenia efecto, yo hostilizaría á la guarnicion enemiga de Puebla, cuya rendicion juzgué muy importante.

Cuando acababa de llegar al pueblo de San Cristóbal, se presentaron en mi solicitud algunos ciudadanos de la capital anunciándome, *que la vista del pabellon americano elevado en el Palacio por nuestros enemigos, habia causado tanta irritacion en los ánimos, que en masa el pueblo se habia levantado contra los invasores, los tenia reducidos al círculo de la plaza y les habian quitado seis cañones; y me pidieron, por último, que contramarchara y fuera á tomar parte el ejército con el pueblo.* Tan plausible nueva, confieso, que me conmovió extraordinariamente y el mismo efecto advertí en el general Alvarez, que en ese momento se hallaba conmigo, y ambos unánimemente nos dispusimos á contramarchar sin pérdida de un instante, y casi á escape llegamos con la caballería á la ciudad de Guadalupe Hidalgo, á donde esperamos un corto rato al batallon del Sur, que marchaba con el Sr. Alvarez, el que continuó hasta la garita de Peralvillo seguido de algunos cuerpos de caballería. El Sr. Alvarez y yo penetramos hasta las calles de la capital para cerciorarnos por nuestra propia vista de lo que acontecia en ella, y obrar segun los sucesos, habiendo dejado en la calzada de Guadalupe en observacion el resto de la caballería. Desde San Cristóbal ordené al general Herrera que



contramarchara con la infantería y artillería; pero S. E. había ya llegado á Cuautitlan cuando recibí mi comunicacion, y no fué posible su vuelta.

Cuanto fué mi entusiasmo por las ecsageradas noticias que se me dieron en San Cristóbal, así fué el disgusto que me causó el desengaño, pues no observé mas que algunos tiros de fusil, que á los enemigos disparaban en algunas esquinas varios individuos del pueblo, siendo falso la quitada de piezas, y por consiguiente la sublevacion general de todas las clases que sitiaban en la plaza á los invasores. Sin embargo, en Peralvillo hice levantar una trinchera que pusiera á cubierto á la infantería del Sur, que allí se colocó para auxiliar al pueblo, y con igual objeto hice recorrer por diversos barrios grusas partidas de caballería, que como los demas cuerpos de esta arma, se retiraron á pasar la noche á Guadalupe, quedando en Peralvillo la infantería hasta el 16 por la mañana.

El día 15 destaqué á varios cuerpos de caballería para que recorriesen algunas calles de la capital y protegiesen al pueblo en el movimiento que se me aseguraba iba á ejecutar ese día sobre los invasores si la tropa lo apoyaba. Marchó tambien el general Alvarez para estar á la mira y aprovechar la ocasion de hostilizar al enemigo; pero el día pasó lo mismo que el anterior y el Sr. Alvarez al retirarse en la noche me participó: *que solamente se habia conseguido que los regimientos de caballería 5.º, 9.º y Guanajuato, lancearan á algunos soldados enemigos que encontraron; y en fin, que no observaba síntomas que confirmaran ese levantamiento que se nos aseguraba.*

Como en el citado día 15 fueron muy temprano varios ciudadanos á representarme á nombre del pueblo de la capital, *que el alcalde primero D. Manuel Reyes Veramendi con el ayuntamiento, tomaba medidas para reprimir su entusiasmo*, mostrándome un impreso que lo confirmaba, yo le pasé el oficio marcado con el número 1, que me contestó dicho alcalde con el número 2, y que le reproduce con el número 3.

El 16 por la mañana se me incorporaron los señores ministros de guerra y relaciones, que se habian adelantado hasta San Juan Teotihuacan, y observándome con juiciosas razones las dificultades que traeria el no fijar el gobierno en un punto central como Querétaro, yo no vacilé en acordar el decreto de esa fecha, y á continuacion el manifiesto que ha visto la nacion; porque mi delicadeza no me permitia alejarme á tanta distancia del teatro de la guerra, y preferí la campaña al gabinete, como otras veces.

Tomada la determinacion indicada, dispuse la continuacion de la marcha para Puebla como se efectuó en el mismo día, pues ya no se encontraba ni forrages para los caballos.

He relatado con esactitud mis últimas operaciones de la capital, para demostrar la injusticia con que se ha intentado poner en duda mi comportamiento, cuyos resultados si no han sido felices, como vivamente lo deseaba, es incuestionable que pureza de intenciones y patriotismo han sobrado. Terminaré pues, esta nota, cumpliendo á la vez con mi deber de participar al supremo gobierno, lo que hizo infructuosos mis últimos esfuerzos sobre Puebla.

Se me habia informado oficialmente que en Cholula se encontraban dos mil quinientos infantes de la Guardia Nacional del Estado y dos piezas pequeñas de artillería, á las órdenes del general de brigada D. Manuel María Villada, y que á las del general graduado D. Joaquin Rea, ecsistian 600 guerrilleros que circundaban á Puebla; cuyas fuerzas, y aun el pueblo de esta ciudad ardian en entusiasmo para combatir con la guarnicion enemiga, que insultaba con su presencia á aquellos habitantes. Por esto fué que, desde Guadalupe Hidalgo ordené al Escmo. Sr. general D. Juan Alvarez, nombrado comandante general del Estado de Puebla, que con las fuerzas del Sur de su mando, reducidas á 600 hombres de infantería y caballería, se dirigiera para dicha ciudad por el camino de Tescoco y San Martin Tescmelucan, haciéndole yo con dos mil caballos y cuatro piezas ligeras por los llanos de Apam hasta el molino de Santo Domingo, lisonjeado con que reuniria sobre Puebla 6.000 hombres, que ayudados del pueblo harian muy pronto sucumbir á la guarnicion enemiga, que no ecsedia de mil hombres, aunque con buenas fortificaciones en los cerros de Loreto, Guadalupe y cuartel de San José.

En la tarde del 21 me presenté en las calles de Puebla con una pequeña escolta y fuí recibido por el pueblo con música y entusiasmo, que me confirmó su buena disposicion contra el enemigo comun. Encontré en diversos cuarteles á la infantería de Guardia Nacional que se hallaba en Cholula.

El 22 me situé en la misma ciudad para dirigir las operaciones, y coloqué mis fuerzas en el Cármen y otros puntos. El general Alvarez llegó al siguiente día.

Nombré gobernador militar de la plaza al general Rea, quien declaró en estado de sitio la ciudad, y tomó todas las providencias convenientes para estrechar al enemigo, privándole los recursos que disfrutaba sin oposicion; de manera que se vió precisado á no dar un



paso fuera de sus atrincheramientos. Reconocí estos muy de cerca, y juzgué difícil un asalto, sin embargo hice al gefe enemigo la intimacion que adjunto en copia con el número 4, y su contestacion número 5. Esta me dió á conocer, que no quedaba otro arbitrio que la fuerza, y mandé estrechar el sitio, de que resultó empeñarse á cada momento el fuego de una y otra parte, costandole al enemigo alguna pérdida y varios desertores que declararon *la escasez de víveres en que estaban*.

Cuando todo daba esperanzas de su pronta rendicion, recibí noticias oficiales de hallarse un convoy en Jalapa con direccion á Puebla, y ya se hizo necesario salirle al encuentro. Dispuse al efecto, que el general Rea quedase con el mando de las fuerzas precisas para llevar á cabo el sitio, y con el resto me dirigí al Pinal como punto apropiado para esperar y batir la fuerza del convoy. El dia primero de Octubre se emprendió la marcha, y en un momento de descanso en Amozoc, observé que la infantería de Guardia Nacional del Estado comenzaba á desertar dejando en pabellones los fusiles. Pernoctamos esa noche en Acajete, y tuve parte al amanecer, que cuerpos enteros de dicha Guardia Nacional se desertaron, unos con armas y otros dejándolas, cuyo escándalo me hizo conocer que mis planes se frustrarian. Sin embargo; proseguí la marcha á Nopalucan para observar al enemigo, y mandé fortificar algunos puntos del Pinal, que reconocí préviamente para batirlo con ventaja. El coronel D. José María Carrasco, á quien encargué de esas obras, trabajó con una actividad extraordinaria, y las hubiera terminado en dos ó tres dias, con las cuadrillas de las haciendas que se reunieron, si la fatalidad que siempre presidió á nuestras operaciones, no me hubiera obligado á variar el plan que me habia propuesto. La desercion continuó sin poderse evitar, haciéndose trascendental á la tropa de línea de caballería, de cuyos cuerpos desertaron tambien algunos oficiales, pidiendo otros, pasaportes para separarse del servicio ó marcharse á Querétaro. A proporcion que el enemigo se aprocsimaba, crecia el escándalo hasta temerse una conspiracion. Pensé hacer algunos ejemplares con los cobardes, pero las prudentes reflexiones del general Alvarez me contuvieron, y al fin determiné que regresaran á Puebla los restos de Guardia Nacional. En seguida marchó el mismo Sr. general Alvarez con su tropa del Sur; pues como comandante general del Estado, debia dirigir las operaciones del sitio y disponer lo conveniente con oportunidad si no se lograba rendir la guarnicion antes de la llegada del convoy; y para reforzarlo puse á sus órdenes algu-

nos cuerpos de caballería. Yo me quedé en Nopalucan con mil y pico de caballos y seis piezas ligeras, con objeto de entretener al convoy y hostilizarlo en cuanto fuera posible, ya que no me quedaba otro recurso. Recibí noticias de Querétaro, que el general D. Isidro Reyes caminaba á reunírseme con una brigada y dos piezas de batir, y para esperarlo en buen lugar me pasé á situar á Huamantla.

Los sucesos que despues tuvieron lugar constan en el parte del dia 13 del mismo Octubre que corre impreso, y del que V. E. no se ha dignado acusarme recibo. En él ecsiste un testimonio de mis últimos afanes, y de que las armas que estaban á mi mando se empleaban en su objeto: de él adjunto copia con el número 6.

La imparcialidad juzgará si mi conducta es acreedora á las diatribas, y á las amargas censuras de los que aprovechando la confusion y el desórden, gritan y escriben con repeticion *abandono escandaloso de la capital* para sorprender la sencillez de algunos, y para robustecer las especies, que con fin siniestro han propagado, de *traicion*. Las facciones no se paran en medios, y hasta los infortunios de la patria los hacen servir á su objeto. Conozco que nada valdrán los hechos que han pasado á la vista de tantos hombres: la generosidad con que me presenté á sacrificar mi vida, mi fortuna y la de mis hijos, para libertar la independenciamenazada: los esfuerzos que todos han presenciado para organizar ejércitos cuando poco habia, y conducirlos al campo de batalla, á donde tantas veces estuvo en peligro mi existencia: que mi inocencia y mi justicia serán escarnecidas por mis enemigos; y que todo, todo será convertido en delitos para esa turba, que ansiosa aspira á cebarse en la víctima. Consúmese en hora buena la iniquidad si la Providencia así lo permite, acábese con una reputacion que la envidia mira con odio; aténtese contra la vida de un viejo soldado, que las balas del invasor han respetado, y cébense en la sangre que vino á derramar en sostén del honor y derechos de la nacion, aun cuando así se aumente á nuestra historia un nuevo acto de barbárie y de ingratitud; pero yo con una conciencia tranquila haré frente á tanta maldad: alzaré mi voz hasta el cielo para que se me haga justicia y legaré, en fin, á mis verdugos el oprobio de mi muerte.

Sírvase V. E. ponerlo todo en conocimiento del Escmo. Sr. encargado del supremo poder ejecutivo, pidiendole á mi nombre se sirva mandar, que á esta nota se le dé la publicacion correspondiente, y reciba V. E. á la vez las consideraciones de mi particular aprecio.—



Dios y libertad. Tehuacan, Noviembre 12 de 1847.—*Antonio Lopez de Santa-Anna*.—Escmo. Sr. ministro de guerra y marina.



Comandancia general del Estado libre y soberano de Puebla.—Escmo. Sr.—Como llegará tiempo en que los sucesos de la jornada del día 8 en las lomas de la hacienda de los Morales y Chapultepec lleguen á publicarse, porque así está en el deber de los gefes que conocen el honor, y de los que perteneciendo á la primera division de caballería de las dos que estaban á mi mando, procuraron llenar sus deberes, tengo el honor de adjuntar á V. E. el parte de ellos, que suscrita desde México el día 11, me habia sido imposible remitirlo á V. E. por las muchas ocupaciones del servicio; suplicandole que admita á la vez mis consideraciones y atencion.—Dios y libertad. Santiago en Puebla, Septiembre 25 de 1847.—*Juan Alvarez*.—Escmo. Sr. general D. Antonio Lopez de Santa-Anna en gefe del ejército mexicano.



Division de caballería.—General en gefe.—Escmo. Sr.—De propósito me habia guardado de no participar al supremo gobierno las ocurrencias de la jornada del 8, con respecto á la division de caballería que se dignó poner á mis órdenes, por el principio de que no se me atribuyese el mas leve deseo de perjudicar á algunos gefes de cuya carrera no he tenido antecedentes; pero cuando observo que mi silencio agravaba el valor de sus valientes dragones y pone en vacilacion la reputacion de otros muchos gefes, dignos del rango que ocupan en la milicia, tengo necesidad de hablar, así como de esclarecer hechos que den por resultado, supuesta la justificacion del supremo gobierno, el que se corrijan anomalías que trastornan la disciplina militar y que son las que por desgracia han contribuido á que los esfuerzos extraordinarios de la patria, que tan maestramente ha puesto en juego el Escmo. Sr. presidente para la presente guerra, no hayan producido todos los efectos que eran de desearse, porque la moral del ejército no guarda el estado que debia. Entro en materia.

En cumplimiento de la suprema orden de V. E. que recibí en la Villa de Guadalupe el 6 á las diez y media de la noche, para que al amanecer del 7 me pusiese en marcha á Tacuba; lo verifiqué con las precauciones que eran consiguientes, por haberme añadido V. E. que batiese al enemigo que se me presentase en el tránsito. Al lle-

gar al punto indicado recibí órdenes verbales que me fueron comunicadas por algunos ayudantes del Escmo. Sr. presidente, para que siguiese hasta la hacienda de los Morales; lo hice así, y antes de llegar á ella alcancé la segunda division del mando del Sr. general D. Manuel Andrade que me llevaba la vanguardia. Cuando observé que este gefe la metia á la hacienda, le mandé decir con el Sr. coronel D. Manuel Falcon que creia conveniente formase su fuerza en el campo. Me propuse en esto dos objetos: el primero, que el Escmo. Sr. general en gefe la tuviese totalmente dispuesta para el momento que la mandase obrar, y segundo, que el enemigo se engañase en su número porque la de mi division que prolongaba mucho su línea, no estaba muy visible, por el terreno en que se le habia mandado marcar el alto; mas la contestacion de dicho señor general, que en otras circunstancias no habria tolerado, me hizo entender que no tenia la misma voluntad para acatarme, ni para que obrásemos con la combinacion necesaria caso de presentarse el enemigo. Su contestacion: "*Ni reconozco á V. por conducto para comunicarme órdenes, ni á ese general Alvarez para dárme las.*" Permítame V. E. que antes de entrar al fondo de mi parte de operaciones haya relatado un suceso, que de luego á luego le manifestará la ambicion de mando, la falta de armonía y la descortesía de un general que se precia de ilustrado, y que ha pretendido ridiculizarme, porque no tengo la facilidad de espresarme como su señoría, porque carezco de ese juego de palabras y estilo con que se engaña y se adula, y porque no uso bordados ni una ceñida corbata en el cuello. Yo he oido decir Escmo. Sr., y el Sr. general Andrade, quizá lo habrá leído, que el gran Gustavo Basa, padre de Carlos XII salió de los bosques porque no era mas que un rancharo, á hacer la felicidad de la Suecia, y que el príncipe de Meneicoff de joven pastelero, sin saber leer ni escribir por solos sus grandes servicios, se elevó tambien á ser en una laboriosa carrera hasta primer ministro y coolaborador de Pedro el Grande; así como que el duque de Dalmacia desde su oscura carrera militar se abrió un glorioso camino por sus servicios que lo elevaron á la encumbrada dignidad que guardaba con el capitan moderno de nuestro siglo.

No se me suponga tan fátuo que al citar estos rasgos quiera comparar mi carrerani mi porvenir con esos hombres que la historia recuerda con gloria, porque mi objeto es concluir con que menos puede esperarse de *esas reputaciones usurpadas, de esos empleos asalta-*



*dos por el favor y por los compromisos, de esos hombres, en fin, cuyo patriotismo es el aspirar con temeridad.*

El espresado dia 7 á que me refiero, lo pasamos como V. E. fué testigo; concluyéndolo con pernoctar en el campo las brigadas de la primera division, y en la hacienda de los Morales la segunda. Al amanecer del 8 me dirigí con mi estado mayor al camino en que habian amanecido la primera y segunda brigadas, y cuando el primer cañonazo me anunció el ataque, que comencé á presenciar, ordené que las dos brigadas de que hago mencion avanzasen sobre la falda del llano que tenian á su frente, para que las que componian la segunda division siguiesen sin tropiezo ni barullo hasta el punto donde yo me hallaba dirigiendo las operaciones. Desocupado ya el terreno mandé prevenir al Sr. general D. Manuel Andrade que avanzase con la suya, interin otros ayudantes daban órdenes á los señores generales Juvera y Guzman, que ya tenian ordenadas sus columnas sobre la loma contigua á la en que estaba el enemigo, para que cargase por su flanco en los momentos que la segunda lo haria por el frente: practicaron su movimiento aquellos gefes, y mi corazon palpité de júbilo cuando observé los vivas de entusiasmo que dirigian al supremo gobierno y á la patria sus ordenadas columnas; pero por mas que mandaba avivar el movimiento del Sr. general Andrade, con su division, tenia el sentimiento de no verlo llegar y de que por su demora se escapaban los momentos que debiamos aprovechar para la carga. El Sr. general D. Tomás Moreno y otros gefes de mi estado mayor, se multiplicaban en comunicar mis órdenes al espresado Sr. Andrade para que avanzase; pero no llegó á verificarlo sino hasta que el enemigo para escaparse de la carga que le amenazaba, comenzó con sus fuegos de cañon á desorganizar las columnas que conducian los Sres. Juvera y Guzman, las que no encontrando apoyo en su flanco izquierdo, se empezaron á desvandar sin que fuese ya posible ordenarlas, no obstante el valeroso comportamiento de los Sres. generales Torrejon y Guzman que siempre estaban al frente de algunas masas para dirigir la carga.

V. E. sabe que los ataques de la caballería son muy precisos é instantáneos, y que solo deben practicarse cuando la fuerza á quien se ataca se desvanda ó desorganiza, á no ser en aquellos casos en que todo debe aventurarse, y yo quise aprovechar los que creí convenientes, porque el Escmo. Sr. presidente general en gefe me habia ordenado que dejaba á mi cuidado el operar; pero la cobardía del general Andrade me los dejó escapar, por que cuando empezó á entrar

la cabeza de su division al punto que se le llamaba, una bala de cañon que cayó entre el regimiento de Húzares fué lo bastante para que se desordenara y tomase el camino para atras; cuyo moviento ocasionó el que la tercera brigada del mando del Sr. general D. Angel Perez Palacios que marchaba al trote, se encontrase sin terreno para entrar.

Cuando me convencí de que no podiamos ya operar sobre el enemigo, porque las fuerzas que no ocupaban ya puntos ventajosos sobre nosotros, se habian concentrado al grueso de sus columnas, me pareció conveniente ordenar las brigadas, para que manteniéndose así á la vista del enemigo lo distrajera de sus operaciones que seguia sobre Chapultepec, y ordené al Sr. coronel D. Benito Haro previniéndose de mi parte al Sr. general Andrade se mantuviese en el terreno que ocupaba; pero fuí otra vez desobedecido, porque su señoría tomando la vanguardia de su division llevaba tras sí otras porciones de tropa que seguian su movimiento, hasta que con el Sr. general D. Tomás Moreno le mandé hacer alto, cuando ya pasaba de las paredes que cercan el olivar de la hacienda de los Morales.

No hablaré á V. E. sobre la conducta de los demas gefes de la segunda division, porque arrastrados por la de su gefe no puedo calificar la suya; pero sí añadiré á V. E. que viendo el Sr. general D. Tomás Moreno la conducta pasiva que guardaba el de su clase D. Antonio Jáuregui en momentos que no debian desaprovecharse, le pidió su brigada para encaminarla al combate, y se la negó manifestándole estar sujeto á las solas órdenes que le comunicase el repetido Sr. Andrade.

Cuando el enemigo continuaba aunque con menos teson sus fuegos por la parte del Molino, y se ocupaba igualmente en recoger sus muertos y heridos, determiné que las brigadas primera, segunda y tercera de la primera division marchasen cubriéndose con el terreno á tomar por retaguardia las lomas que ocupaba el enemigo, y que la segunda formando dos trozos ocupase con uno el flanco de la misma loma, y con otro el camino; todo con el fin de emprender una carga combinada caso que el enemigo prolongase su ataque ó lo intentase sobre algunos de nuestros flancos. Como la conducta anterior del general Andrade me habia hecho conocer lo poco ó nada que se podia esperar de las fuerzas que tenia á sus órdenes si él seguia mandándolas, lo separé de ellas poniendo á su cabeza al Sr. general D. Anastasio Torrejon. El general Andrade estuvo deferente en que lo quitase del peligro, no reclamó derechos ni mando, y se sujetó al gefe



que por su cobardía lo reemplazaba; pero cuando al ponerse el sol regresaban las fuerzas para tomar cuarteles, tuvo la desvergüenza de decirme, que cómo daba órdenes al Sr. Torrejon y no á su señoría que era el gefe de la division. Yo haciendo uso de la prudencia que me es genial, solo le contesté: *que de la que llamaba su division era gefe el Sr. general Torrejon, y que él marchase de orden del Escmo. Sr. presidente general en gefe á presentarse á la comandancia general.*

Otros muchos pormenores podria sentar á V. E. sobre la cobarde conducta del Sr. Andrade, pero los omito por no ser tan dilalado este parte, concluyendo con decir á V. E. que el asoramiento del espresado general llegó á tal grado, que nuestra infantería dispersa de la Casa-Mata, creyó que eran dos mil enemigos que lo flanqueaban, y así me lo participó por medio de un ayudante suyo con repeticion, quien tuvo por contestacion que los acuchillara si se persuadia que eran contrarios, y si tenia terreno para verificarlo.

Por separado daré á V. E. los partes circunstanciados de los muertos, heridos y dispersos que tuvo mi division, terminando con manifestarle lo complacido que estoy del valeroso comportamiento de los Sres. generales D. Julian Juvera, D. Angel Perez Palacios, D. Angel Guzman, D. Anastasio Torrejon, el mayor general D. José Stávoli, y del de los señores gefes respectivos de los cuerpos que componen las brigadas de su digno mando, porque todos llenaron sin observaciones mis órdenes y su deber, principalmente en el resto de las operaciones militares que se practicaron hasta la conclusion del dia.

Dígnese V. E. dar cuenta con lo espuesto al Escmo. Sr. presidente, general en gefe del ejército, y admitir las protestas de mi consideracion y distinguido aprecio.

Dios y libertad. México, Septiembre 11 de 1847.—*Juan Alvarez.*  
—Escmo. Sr. secretario del despacho de guerra y marina.

#### NUMERO 1.

Ejército mexicano.—General en gefe.—Se me acaba de presentar un papel impreso firmado por V. S., que ha hecho fijar en las esquinas, prohibiendo al pueblo que hostilice al bárbaro enemigo que saquea la poblacion y los templos y viola las mugeres, y como tal conducta es indigna de un mexicano, le prevengo á nombre de la nacion, que si volviese V. S. á incurrir en un acto semejante, lo trataré como traidor, y lo mismo haré con los individuos que componen ese ayuntamiento si contribuyen á enervar de cualquiera manera el entusias-

mo de los ciudadanos mexicanos que defienden justamente sus hogares, sus hijas y esposas.

Tampoco se prestará V. S. á facilitar á los enemigos víveres ni auxilio alguno, y le prevengo que antes se disolverá esa corporacion que contribuir de alguna manera á favorecerlos. Esta disposicion la hará V. S. saber á quienes corresponda para que nadie alegue ignorancia.

Dios y libertad. Cuartel general en Guadalupe, Septiembre 15 de 1847.—*Antonio Lopez de Santa-Anna.*—Señor D. Manuel Reyes Veramendi, presidente del Escmo. ayuntamiento de México.

#### NUMERO 2.

Alcalde 1.º constitucional.—Escmo. Sr.—Ahora que son las tres y veinte minutos de la tarde, he recibido la nota de V. E. de esta fecha, en la cual veo con el mas amargo sentimiento la interpretacion que V. E. se ha servido dar al papel que he hecho fijar en algunas de las esquinas de esta capital. Era preciso señor presidente, que á las amarguras que desgarran mi alma en la angustiada situacion en que se me ha colocado despues de consagrarme todo al servicio de una patria, á quien sirvo hace muchos años, se añadiera la de sufrir reprimendas, no menos duras que innmerecidas, como las que ha tenido á bien hacerme. Ese papel, señor presidente, los mas que he publicado, y toda mi conducta observada hasta aquí, ni han reconocido ni pueden reconocer otro origen, que el de alejar de la inocente poblacion de esta capital los desastres, el luto, el llanto y la desolacion á que ha sido condenada cruelmente, segun mi error, por la rapiña mas evidenciada, y la desmoralizacion mas lamentable de nuestro pueblo, y no por el verdadero patriotismo, ni por el celo de evitar el saqueo de los templos, el de la capital y la violacion de las mugeres. Sí, señor presidente, esta es la verdad desnuda de todo atavío, y estos los motivos de mis procedimientos; si por ellos puedo merecer, en el concepto de V. E., las infames notas de mexicano indigno y aun la de traidor, aplíquese en hora buena, en la firme persuacion de que no las temo, porque descanso en el íntimo testimonio de mi conciencia, y porque en cuanto á mexicano idólatra de su patria y de sus santas libertades, permítame V. E. que me tome la libertad de decirle, aunque respetuosamente, que no cedo en una sola línea al que se contemple mas acrisolado. Hombre susceptible de error, habré incidido y seré capaz de incidir en los mas crasos, pero respecto de los deberes sagrados hácia mi patria, no tengo el menor remordimiento.